



Ranagay

Foto: Anelie Alejandra Magne Lamas

***Donde el cobre se hace carne: narrativas
sobre hombría minera en Chile***

**JIMENA SILVA SEGOVIA
PABLO ZULETA PASTOR**

Donde el cobre se hace carne: narrativas sobre hombría minera en Chile

Jimena Silva Segovia¹

Pablo Zuleta Pastor²

Recibido: 14 de agosto del 2025. Aprobado: 12 de diciembre del 2025.

Resumen

A través de un análisis crítico del discurso de entrevistas individuales y grupales a hombres mineros y mujeres autodefinidas como trabajadoras sexuales en la Región de Antofagasta; destacamos el lugar central que tiene el uso del comercio sexual para el autorreconocimiento de los hombres mineros como trabajadores altamente productivos en las operaciones cupríferas. El trabajo sexual y el trabajo de sus trabajadoras juegan un papel fundamental en la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo minera a través del mantenimiento de una subjetividad virilizada, entendida como estrategia defensiva útil para sustentar el desempeño, la productividad y la permanencia de los hombres en el quehacer minero.

Palabras clave: trabajo, hombría, género, sexo, Chile

Abstract

Through a critical analysis of individual and group interviews with male miners and women who self-identify as sex workers in the Antofagasta Region, we highlight the central role that sex work plays in the self-recognition of male miners as highly productive workers in copper mining operations. Sex work and the work of sex workers play a fundamental role in the daily reproduction of the mining workforce through the maintenance of

1 Dra. en Antropología por la Universidad de Tarapacá, Universidad Bernardo O'Higgins, Magíster Género e Intervención Social, Departamento Interdisciplinar en Ciencias Humanas, Facultad de Ciencias Humanas, Santiago, Chile, email: luzsilvasegovia55@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8512-7876>

2 Dr. en Psicología por la Universidad de Chile, académico de la Escuela de Psicología, Universidad Bernardo O'Higgins, Santiago, Chile. ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-5864-9393>

a virilized subjectivity, understood as a useful defensive strategy to sustain the performance, productivity, and permanence of men in mining work.

Keywords: work, masculinity, gender, sex, Chile

La virilidad minera. Narrativas de la mina y el burdel

La psicodinámica del trabajo, desarrollada por Christophe Dejours, se basa en la pregunta: ¿cómo nosotros, hombres y mujeres en situación de trabajo, no nos enfermamos, o mejor dicho, mantenemos nuestro equilibrio mental a pesar de las exigencias de la organización del trabajo? La respuesta es esta: la relación entre trabajo y enfermedad no es directa, está mediada por un sujeto capaz de establecer estrategias defensivas que le permitan conjurar la enfermedad mental por la organización del trabajo, haciéndola tolerable, pero no necesariamente modificando lo subjetivo (Dejours & Gernett, 2014). En otras palabras, las estrategias defensivas permiten perdurar, pero no transformar la organización del trabajo.

Dejours (2012) también muestra que tales estrategias defensivas erigidas en el trabajo difieren entre sí, en Chile, Zuleta (2018) indaga con dos grupos de hombres ubicados en posiciones polares hombres y mujeres. Al respecto de la división social del trabajo. Por un lado, con trabajadores manuales no calificados que trabajan como cargadores-distribuidores de gas; hombres que, para el ejercicio de su tarea, deben utilizar, básicamente, la fuerza de su cuerpo. En sus propias palabras: “un oficio que embrutece”; es decir, requiere del endurecimiento del cuerpo para su resistencia al dolor, pero cuyo costo es una cierta renuncia a la sensibilidad de ese mismo cuerpo (Zuleta, 2018). Por otro lado, con los directores generales de grandes empresas, un trabajo altamente calificado en el que se deben tomar decisiones importantes en diferentes áreas relacionadas con el desarrollo de las empresas que lideran. En sus propias palabras: “un trabajo que requiere desprenderse de cierta sensibilidad que nos haría perder el rumbo hacia el que dirigir la empresa”. Es decir: estamos ante una tarea que requiere también un endurecimiento de la subjetividad del trabajador. Si bien Zuleta (2018) encontró diferencias importantes en las estrategias defensivas del oficio en ambos grupos de trabajadores, propone una especie de núcleo central que los vincula, al que denominó virilización del cuerpo subjetivo, entendido en sentido amplio como un proceso de desarrollo. -Sensibilización del cuerpo, de separación del pensamiento de

su base corporal sensible y de jerarquización y dominación del primero sobre el segundo, operando una reducción del pensamiento a un cálculo de costo-beneficio; en el que el costo es la propia sensibilidad y el beneficio es la productividad y rentabilidad individual (Zuleta, 2020).

El mismo autor afirma que la virilización del cuerpo subjetivo es una defensa que opera en dos dimensiones. En el primero, se defiende de la caída de una identidad masculina levantada con esfuerzo y con él, de la amenaza de la feminización y su posible consecuencia: la exclusión del colectivo laboral masculino. En un segundo, favorece la tolerancia al sufrimiento psicofísico en el trabajo, permitiendo la continuidad en las tareas y la organización del trabajo, sin modificar necesariamente esta última.

En este marco, las preguntas que tratamos de responder a través de esta investigación son dos: ¿cómo opera y/o se manifiesta la virilización del cuerpo subjetivo en los trabajadores mineros? ¿Y qué lugar tiene en esto el uso del sexo comercial?

Desde los imperativos de género y las pruebas que ofrece a la subjetividad masculina el trabajo minero, se construye un modelo al que la mayoría de los trabajadores se adscriben en un campo que exige confianza y alianza homosocial y que rechaza cualquier asomo de debilidad, asociándolo a estereotipos relacionados con la feminidad. La organización del trabajo en la gran minería del cobre chilena reproduce la identificación de los trabajadores varones con el poder implícito en la dominación masculina (Bourdieu, 2000), básicamente una virilidad orgullosa de su fuerza y capacidad de resistencia física y emocional. Se las representa simbólicamente como invulnerables, tipificadas como violentas, con una sexualidad descontrolada y, sobre todo, capaces de realizar actos heroicos, cuestiones que Kimmel (2011) relaciona con lo que denomina ideología de la masculinidad; es un trabajo para hombres viriles. Lo diremos así: la subjetivación del trabajo y su organización produce hombres viriles con una alta valoración de su productividad y desempeño.

Actualmente, la región minera de Antofagasta ha sido evaluada como la tercera con mayor productividad de cobre en el mundo. El catastro de inversiones, que abarca el período comprendido entre 2017 y 2026, considera 47 iniciativas, valoradas en USD 64.856 millones (65% provenientes de capital nacional, a través de Codelco y Antofagasta Minerals) (Romero-Toledo, 2019, pág. 3-30). Ciudades como Iquique y Antofagasta dependen

en gran medida de la productividad minera y se consideran vulnerables a las fluctuaciones de esta actividad a nivel mundial. En medio de estos vaivenes, están los que producen y los que apoyan al sujeto que produce en el marco de las políticas laborales neoliberales, en un país que vive desde hace alrededor de cuatro décadas cambios económicos e institucionales asociados a la desregulación de los mercados y la reducción del papel del Estado, fortalecimiento de las empresas para definir las relaciones laborales y ruptura de la capacidad de negociación colectiva. La expansión de la flexibilidad, el aumento de la tercerización y subcontratación, la expansión de los trabajos temporales, la mayor movilidad de las trayectorias laborales y la diversificación de las modalidades y condiciones de contratación, junto con la implementación de diversos dispositivos de gestión que irrumpen en la relación ser humano y trabajo (Araujo, 2019; Ramos, 2005; Soto, 2009; Henríquez y Riquelme, 2006; Chávez, 2001, entre otros).

Tales transformaciones del mundo del trabajo en general y del minero en particular son consideradas por algunos como ventajosas para los trabajadores (Cervantes, 2005). Sin embargo, la psicodinámica del trabajo se ha encargado de mostrar cómo estos inciden negativamente en aspectos centrales de la vida, como la pareja, la relación padres-hijos, la sexualidad y la afectividad, dimensiones que también deben ser sometidas a “flexibilidad” (Dejours y Gernett, 2014).

Así, si bien el cobre es un producto central para la estabilidad del país y su recaudación en el mundo, en la vida socio-afectiva y sexual de hombres y mujeres vinculados a su producción se observan continuos conflictos y sufrimientos. En el mundo minero, la tradicional vida solitaria y la homosociabilidad desarrollada por los ex trabajadores, se reedita en el trabajo de las empresas modernas, en las que los sistemas de turnos exclusivos preservan la distancia física y emocional entre trabajadores, familias y parejas a pesar de la ficción de la cercanía y el bienestar que las nuevas tecnologías, facilidades y beneficios de la comunicación pueden producir en las empresas contemporáneas (Stoy, 2013 pág. 4-5; Mayes y Pini, 2014).

En las familias mineras se observa que los encuentros afectivo-sexuales, la seducción y el erotismo tienen expresiones singulares marcadas por la exacerbación de los emblemas de la masculinidad y la necesidad de reconocer y reforzar una determinada imagen viril, así como

dificultades para expresar emociones (Hubard, 2004; Pini y Mayes, 2012; Klubock, 1999; Espinoza y Silva, 2014; Valdés, 2014). Además, en las zonas mineras se construyen discursos sobre la mujer que la sitúan, en algunos casos, en una posición de subordinación y control y, en otros, como objeto de consumo sexual y entretenimiento masculino, entendido como consuelo de la soledad, como un canal para desahogar y escuchar sus sentimientos de incompreensión (Espinoza y Silva, 2014). Esto se puede observar en el establecimiento masivo en ciudades mineras de diversos clubes nocturnos donde se vende alcohol y se realizan intercambios afectivo-sexuales mediados por dinero (Branstetter, 2016; Van Buren y Gensmer, 2017).

Otros estudios realizados desde la perspectiva de la psicodinámica del trabajo que apuntan al reconocimiento de la masculinidad como estrategia defensiva frente al sufrimiento en el trabajo, y también como un recurso para proteger la identidad del hombre construida en base al mandato de virilidad (Dejours, 2012; 2013; Zuleta, 2020) En el caso del trabajo minero ésta, se pone a prueba principalmente en dos escenarios sociales: el trabajo y el prostíbulo. Desde aquí, defendemos la tesis de que el recurso al comercio sexual opera como un resorte fundamental para resistir las exigencias del quehacer minero y que las mujeres, auto descritas en este estudio como trabajadoras sexuales, ocupan un lugar central en la reparación y recuperación del (auto) imagen viril de los trabajadores, que en gran medida los hace aptos para seguir produciendo. En el análisis del capitalismo sobre el trabajo asalariado como motor de la explotación, Marx señala que el salario no está determinado por el valor de lo que produce el trabajador, sino por el valor de lo que es necesario para mantenerlo con vida y reproducir una nueva vida. (Federici, 2018).

1. Planteamiento teórico

A continuación, presentamos algunas aclaraciones teóricas que nos permiten situar conceptualmente el estudio

Ignorar la vulnerabilidad del cuerpo para convertirse y seguir siendo hombre

La diferencia entre los sexos es primaria y normativa (Fraisie, 1996); sin embargo, no es suficiente. Aunque el sexo como una distinción anatómica normativamente binaria se asigna a los niños incluso antes del nacimiento,

la hombría no parece estar garantizada por la anatomía; al contrario: hay que hacerse hombre (Badinter, 1993; Bourdieu, 2000; Gilmore, 1994). Por lo tanto, la masculinidad tiene que ser producida, expuesta y exhibida en el escenario social. Al respecto, Meler (2000) plantea que la masculinidad se fundaría en la escisión de la feminidad como infancia y vulnerabilidad. La feminidad escindida no cesará en su afán de volver a la conciencia y, ante la amenaza de la feminización y la inminente pérdida del estatus viril alcanzado, el varón deberá defenderse. Desde esta perspectiva, el varón que se precie debe mantener a raya la vulnerabilidad como forma de dominación femenina en su propio cuerpo. La hombría muestra su faceta defensiva (Schneider, 2003): frente al pene erecto como espada, prima la invulnerabilidad del cuerpo como escudo, lograda mediante la negación y el destierro de todo lo que pueda asociarse con lo femenino. La hombría no se logra una vez, y a perpetuidad, debe ser defendida permanentemente, ya que siempre se pone a prueba. Entre tales pruebas para la virilidad, el trabajo es fundamental.

Defensa de la hombría en la sociedad de rendimiento

Han afirma: “la sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad de actuación. Sus habitantes ya no son llamados sujetos de obediencia, sino sujetos de actuación” (Han, 2012, p. 25). La diferencia entre un tipo de sociedad y otro es que la primera estaría definida por la “no potestad”, por la supremacía del deber y la obligación; mientras que, en la segunda, el verbo principal es poder y, en efecto, poder sin límites. Este cambio se da en el contexto de una continuidad que caracteriza a la empresa capitalista: el deseo de maximizar la producción.

El sujeto de rendimiento es paradójicamente libre para negociar. Todas las dimensiones de sus vidas se convierten en capitales para invertir; “la forma de sociedad que moviliza al sujeto (...) se generaliza a todas las formas de su comportamiento y a todas las esferas de su existencia” (Périlleux, 2008, pág. 142-143), entre las que se encuentran la vida familiar, afectiva y sexual no excluidos. Han (2014) propone que este enfoque del trabajo y la autogestión es la base de los “infartos psíquicos” contemporáneos.

Dejours (1998), a su vez, pregunta más acerca de cómo los trabajadores, a pesar de tales demandas, a menudo logran conjurar la enfermedad. La explicación es que los sujetos utilizan estrategias defensivas para proteger

su equilibrio. Estas estrategias se desarrollan frente a riesgos reales en situaciones de trabajo, y para ser efectivas deben contar con la participación del colectivo de trabajadores. Quienes no contribuyan serán, tarde o temprano, excluidos, pues tales estrategias se vuelven fundamentales para cumplir la tarea. Dejours muestra cómo operan tales estrategias, fundamentalmente en los colectivos de trabajadores masculinos “según una lógica rigurosa asegurada por un sistema de prohibición de determinadas conductas, de silencio en todo lo que se refiere al miedo, de valorización del discurso heroico, de valentía y desafío frente al peligro”. (Dejours, 2002, pág. 152). Además, cuando funcionan bien, logran producir una insensibilidad al sufrimiento y finalmente quedan inconscientes; constituyen estrategias que el sujeto encarna y, por tanto, a las que no puede renunciar en su vida “no laboral”.

La prostitución como institución social

Más allá de entender a las mujeres en el comercio sexual y a los clientes como sujetos individuales que realizan prácticas específicas, nos interesa abordar la prostitución como una práctica socialmente instituida y naturalizada que transmite y reproduce relaciones de poder y dominación. Con Lourau (2008), podemos entenderlo como un analizador social, es decir, como un elemento de la realidad social que revela las contradicciones del sistema. En palabras de Silvia Federici: “Al mismo tiempo, si bien la prostitución es objeto de condena social y debe ser controlada por el Estado, se considera un componente necesario en la reproducción de la fuerza de trabajo, precisamente porque se ha asumido que la esposa no podría satisfacer plenamente las necesidades sexuales del marido” (Federici, 2020, pág. 110).

La prostitución, por el contrario, es cuestionada por posiciones opuestas dentro de la discusión feminista. Por un lado, un discurso que lo construye como trabajo y que, como tal, debe ser regulado (Elizalde, 2011). Por otro lado, una corriente que defiende la tesis de que la prostitución es la expresión más radical de la violencia de género y que la denominación “trabajo sexual” no hace más que ocultar la dominación masculina en nombre de una supuesta libertad individual (Louis, 2004). Esta tensión es la base de nuestra comprensión de este tema.

2. Enfoque metodológico

Basada en el paradigma interpretativo (Czarniawska, 2004), esta investigación busca comprender las interacciones y la construcción de la subjetividad minera. Al centrarnos en el interaccionismo simbólico, hemos podido interpretar los significados sociales que las personas asignan al mundo y las culturas que los rodean (Rennie, 2012). Como Johnson, Escosteguy y Schulman (2004), una tendencia en los nuevos estudios sobre cultura y poder insistirá en entender la noción de cultura como algo a analizar como un todo en su contexto material. En este sentido, hemos enfatizado las observaciones de interacciones entre mineros y trabajadoras sexuales, socialmente ubicadas en espacios de encuentro como bares, discotecas, cafés con piernas (strip cafe clubs) y esquinas de calles para captar los aspectos simbólicos de la interacción y para complementar el análisis narrativo.

A través de esta perspectiva, se contrastó la caracterización de un mismo evento a través de diferentes perspectivas o posicionamientos subjetivos, entendidos como formas de organizar la experiencia, que no sólo se refiere a que un individuo otorga sentido a un evento aislado, sino también a su repertorio cultural y al de los demás ambientes. (Gadea, 2018; Schütz, 1995). Tal es el cuestionamiento que establece la base analítica del interaccionismo simbólico: que los “símbolos” derivados de toda interacción social no son universales ni objetivos; los significados son siempre interpretaciones, en permanente tensión entre sí.

Se realizaron grupos focales (Benavente y Valdés, 2014; Autor, 2012) y entrevistas individuales. Participaron dieciocho personas, 9 mujeres y 9 hombres. Los participantes fueron contactados a través de informantes clave utilizando el sistema de bola de nieve (Morse, 1995), y cada participante firmó un formulario de consentimiento informado para salvaguardar el anonimato y la confidencialidad. El Comité de Ética de CONICYT evaluó la investigación.

Para este artículo, analizamos el corpus narrativo producido por hombres mineros (TM) y Mujeres del trabajo sexual (TS) que se muestra en la Tabla 1

Tabla 1*Participantes*

	Código	Edad	Ocupación	sistema de turnos	Nivel socioeconómico	Nº de hijos
1	Luis	41	Sindicato de Mineros	4x3	Medio-bajo	3
2	Javier	40	Trabajador minero	7x7	Medio-bajo	2
3	Carlos	31	Trabajador minero	7x7	Medio-bajo	2
4	Esteban	37	Sindicato de Mineros	7x7	Medio-bajo	2
5	Alonso	35	Sindicato de Mineros	7x7	Medio-bajo	1
6	Óscar	45	Sindicato de Mineros	7x7	Medio-bajo	3
7	Omar	40	Trabajador minero	4x3	Medio-bajo	3
8	José	43	Trabajador minero	4x3	Medio-bajo	2
9	Hugo	60	Trabajador minero	4x3	Medio-bajo	4
10	Camila	26	TS en club nocturno	-	Bajo	1
11	Yolanda	31	TS en club nocturno	-	Bajo	1
12	Susana	49	TS en club nocturno	-	Bajo	2
13	Daniela	39	TS en club nocturno	-	Bajo	4
14	Yajaira	32	TS en club nocturno	-	Bajo	3
15	Michelle	20	TS de la calle	-	Bajo	0
16	Sol	38	TS en privado	-	Bajo	0
17	Danitza	45	TS en privado	-	Bajo	1
18	Taty	29	TS independiente	-	Bajo	2

Nota. Elaboración de los autores.

Con el material seleccionado se realizó un análisis del discurso (Van Dijk, 2001) basado en categorías afectivo-emocionales, vida íntima, vida familiar y vida de pareja, desde una perspectiva de género. En esta dinámica se aplicaron algunos procedimientos como la reordenación de dimensiones conflictivas, categorización de tensiones de género, emociones vinculadas y búsqueda de objetos con procedimientos del método biográfico (De Villers, 1999; Autor, 2019). A partir de la sistematización de las interpretaciones (ver Tabla 2), teorizamos en busca de conceptos emergentes que permitieran dar respuesta a la pregunta de investigación.

Tabla 2

Ejemplo de Matriz para el Ordenamiento y Análisis de Estados

Dimensión:							
Descripción de la dimension							
Cate- gorías	Personas involu- cradas	Identi- ficación del su- jeto	Histo- rias en subcate- gorías	Con- flictos y ten- siones	Emo- ciones involucra- das	Objeto de búsqueda	Inter- pretación
Síntesis de dimensiones							

Nota. Elaboración de los autores.

3. Discusión de resultados

Luego de transcribir y leer varias veces el corpus completo de las entrevistas; Tanto con trabajadores mineros como con trabajadoras sexuales, el equipo se centró en la construcción de ejes discursivos que permitieran dar respuesta a las preguntas de investigación; a saber: ¿cómo opera y/o se manifiesta la virilización del cuerpo subjetivo en los trabajadores mineros? ¿Y qué lugar tiene en esto el uso del sexo comercial?

En términos generales, el análisis realizado permite afirmar que el trabajo minero requiere de hombres viriles, capaces de demostrar hombría mostrando resistencia y fortaleza física y mental. En este contexto, la virilización del cuerpo subjetivo en el trabajo opera como un proceso de desensibilización y control emocional que funciona como estrategia defensiva frente al sufrimiento psíquico que tiene como fuente

la organización del trabajo y frente a la constante amenaza de feminización de un duro -ganó la identidad masculina (Dejours, 2012; Author, 2020). Así, se propone que tal virilización debe ser sostenida por los mineros dentro y fuera del yacimiento y encuentra, en ese sentido, dos escenarios privilegiados para reproducirse y mantenerse: el espacio de trabajo y el prostíbulo.

A continuación, presentamos los resultados organizados en tres grandes líneas argumentativas.

Hombría en el lugar de trabajo: control de la emotividad para mantener la productividad

La primera imagen que produce el discurso de los trabajadores mineros que se destaca es la que los posiciona en el lugar de la “alta productividad”, destacando el sitio minero como un espacio clave para el reconocimiento subjetivo del hombre-trabajador-minero:

“Como hombre, uno se aguanta, un hombre no puede resolver los problemas familiares, ¡pero el minero es altamente productivo en la mina! O sea, la productividad del minero es muy alta, conocemos estos datos, los viejos resuelven los problemas rápidamente, son técnicos, buscan ideas, resuelven, investigan, pero no pueden implementar estas capacidades en casa” (Luis, 41 años).

La declaración comienza con una definición significativa: “Como hombre, lo aguantas”; una construcción discursiva que asume el hecho de soportarlo como una característica inseparable de la masculinidad. Diversos estudios sobre la masculinidad definen la ideología de la resistencia como el arte de no escapar, de soportar lo que venga, como un sacrificio no exento del dolor que sirve para sustentar la imagen y el honor varonil (Abarca & Galeas, 2005).

Una vez declarada la perdurabilidad, el sujeto que enuncia se posiciona discursivamente de manera polarizada: en el escenario laboral, “el trabajador minero es altamente productivo”, cuestión que en términos retóricos está fuera de toda duda (el narrador lo enuncia utilizando distintos recursos para hacer claro: enfatiza la voz, se refiere a la existencia y conocimiento de datos que afirman lo que dice, entre otros), sin embargo, como contrapunto, respecto de los problemas domésticos y de la vida familiar, declaró sentir

una ineluctable incompetencia, una especie de incapacidad para incluso pensar en posibles soluciones. La resistencia se pone así al servicio de la productividad en el trabajo; se convierte en objeto de demostración entre pares, así como de creatividad para enfrentar y resolver problemas.

La perseverancia y la “alta productividad” en el trabajo tienen un alto costo, dado que el discurso construye la emocionalidad como fuente de riesgos y peligros en el trabajo. A través de diferentes declaraciones, se colocan las emociones y los sentimientos como objetos a controlar para experimentar la seguridad y la resistencia en el trabajo. Tal ejercicio discursivo posiciona al anunciante como un hombre viril:

“Porque si me pasa algo allá arriba o me pasa algo por no controlar mis emociones, mi temperamento o las condiciones que manejo, o las (emociones de las) personas que tengo a mi cargo o las maniobras que uno hace, puede llevar que o me cueste el trabajo o me lastime o lastime a alguien. Me desconecto en el trabajo, que es lo que pasa con mis emociones” (Oscar, 45 años).

Este pasaje expresa una idea reiterada: proteger el propio trabajo (incluida su vida y la de sus compañeros) depende de la capacidad del trabajador para gestionar sus emociones, para “desconectar” sus sentimientos. Lo que se construye discursivamente como arriesgado, que puede constituir una fuente real de peligro, no es la tarea ni sus condiciones objetivas, sino que parece estar ubicado en el cuerpo del trabajador, entendido como el lugar de sus emociones. El trabajo en la mina exige desconexión emocional. El autor (2020) entiende esto como virilización del cuerpo subjetivo, que opera como una estrategia defensiva frente al sufrimiento psicológico que produce el trabajo, y frente a la angustia de la caída del estatus masculino, y que sirve como garantía de pertenencia al grupo de hombres-trabajadores-viriles y añadamos aquí: altamente productivos en el trabajo.

En este sentido, la capacidad de resistencia asociada a la capacidad productiva de los trabajadores mineros descansa en el control de su propia emoción, lo que trae consigo otra importante consecuencia: la soledad.

“El mismo trabajo te deja solo, llegas a tu cuarto, y estás solo, entonces, cuando llegas a la casa, te encuentras con alguien que te empieza a fastidiar

(exige), los niños, que no sé qué, que yo no sé cuánto (...) Descanso más en el trabajo que en casa” (Omar, 40 años).

El discurso es elocuente: el propio trabajo te hace solitario, por lo que la soledad emerge, discursivamente, como un subproducto del trabajo que parece encapsular al trabajador, que parece aislar al trabajador, sobre todo a nivel de los sentimientos. Aquí insistimos: no se trata de soledad inherente o soledad propia de la individualidad de cada trabajador; por el contrario, alude a la soledad formada por la productividad, fruto de la organización social y técnica del trabajo:

“Hay cosas que puedes compartir, pero como dice aquí mi colega, hay cosas que son personales, y a veces uno considera que no son para compartir (...) entonces prefieres resguardarte y quedarte con ese sentimiento, déjalo tú” (Carlos, 31 años).

Los sentimientos acaban finalmente por dentro y por uno mismo; constituyen que “no se pueden compartir”.

Las emociones requieren de una “salvaguardia” especial y, añadimos, miedo en particular: “No suelo sentir miedo, no. Tengo miedo de no sé qué podría hacer. Miedo de no sé qué podría hacer”. ser” (Javier, 40 años). El miedo se elimina del abanico de emociones posibles para el minero: “No siento miedo, no”. El desdoblamiento del no parece hablar de la férrea negación del miedo en el colectivo obrero. Además, el miedo aparece en este anuncio como algo, antes de ser indecible, impensable. La frase: “Miedo a no sé qué puede ser” habla de un narrador que no puede ni pensar en lo que podría hacerle sentir miedo.

La alta productividad en el lugar de trabajo (re)produce al trabajador como un trabajador que debe dar cuenta de su hombría, soportando las exigencias de la tarea y manteniendo sus emociones silenciadas y bajo control.

La masculinidad en el turno rotativo: Costos afectivo-sexuales en la vida de pareja

Las investigaciones sobre la psicodinámica del trabajo (Dejours & Gernet, 2014) enfatizan la idea de que el trabajo y su organización no constituyen un mero ambiente al que entran y salen los trabajadores, sino que el trabajo en producción (poiesis work) siempre implica trabajo sobre

nosotros mismos. (trabajo arbitrario). Es decir, trabajar es también operar transformaciones en la persona que trabaja. En este nivel, la psicodinámica del trabajo sugiere que las estrategias defensivas del oficio (Dejours, 2002) desarrolladas por los trabajadores están siendo incorporadas, están constituyendo la subjetividad de los trabajadores y en esas comprensiones se filtran en la vida familiar. Es así como el recurso a la virilización de la subjetividad en el trabajo minero se concreta en el escenario doméstico-familiar y tiene importantes consecuencias a nivel de las relaciones afectivas y de género, pues opera como reproductor de una estricta división sexual del trabajo, en el que la mujer-pareja del minero tiene que hacerse cargo de las tareas domésticas y reproducir la fuerza de trabajo del hombre (Federici, 2018), lo que se asocia a importantes dificultades en las relaciones afectivo-sexuales en la pareja.

Lo que se espera de la mujer-pareja es que se encargue de la gestión del hogar:

“La mujer, en nuestro caso, cuando te vas, y ella se tiene que encargar de todo, no puedes estar siempre bajando, pidiéndole autorización a tu jefe. No puedes bajar, porque si vas a estar bajando porque allá arriba somos, no sé, quince viejos y el patrón cuenta con los quince, te vas y tu ausencia la sienten los catorce restantes que tienen que asumir el trabajo del que se fue, entonces la idea es tratar de no bajar para no desagradar al jefe y también para proteger tu trabajo. Finalmente, nuestras esposas son importantes porque tienen que cuidar de todo” (Alonso, 35 años).

Este fragmento de entrevista refuerza la construcción discursiva que sitúa a los hombres como sujetos indispensables en el lugar de trabajo: “tú vas y se siente”. Al mismo tiempo, pueden ser sustituidas en las tareas del hogar, donde “ella tiene que ocuparse de todo”. La construcción es polar y reproduce la noción clásica de la división sexual del trabajo: la dimensión productiva es responsabilidad de los hombres. En cambio, la dimensión reproductiva de la vida es responsabilidad de las mujeres. Esta disposición permite que el trabajador se comprometa plenamente con la tarea durante el turno, cuestión que parece fundamental para “proteger su trabajo”, para “no desagradar al jefe”. que el trabajador logra en la medida de tener una pareja que “se ocupa de todo” en el hogar. La estricta división sexual del trabajo surge como requisito clave para la preservación del empleo y, como contrapartida, de la vida familiar:

“La esposa tiene que saber suplir todos esos momentos (accidentes, cumpleaños, fiestas, otros), cuando los niños están tristes, la esposa tiene que cuidar a los niños para que no nos extrañen, así no los extrañe en el tiempo que estemos en el trabajo” (Omar, 40 años).

En términos generales, las tareas de cuidado, y en este caso específico las relacionadas con el apoyo emocional de los hijos, se construyen como un deber de la mujer, dado que “la esposa tiene que”, donde el “tiene que” expresa un imperativo. El imperativo se manifiesta como “dar a los hijos lo mejor”, lo que entendemos como una exigencia de hacerse cargo de la estabilidad emocional de los hijos y ocupar, en el plano afectivo, el lugar de padre y madre, considerando que el efecto esperado de la tarea encomendada es que el padre “no hará falta” mientras esté en el trabajo. La tarea del narrador aquí es que su ausencia no se sienta. Ahora, el reverso de esta asignación es importante:

“De la rotación, llegas a una casa que domina tu mujer, tus hijos ya no te hacen mucho caso, tratas de imponer algo, y al final lo único que quieren es que subas a la cantera. otra vez te vuelves proveedor, proveedor, y nada, nada más” (Omar, 40 años).

La necesidad de ser prescindible en el hogar adquiere un nuevo matiz de realidad: en el hogar “lo único que quieren es que vuelvas a subir a la cantera”. El vínculo con la familia del hogar se reduce al dinero que aporta el trabajador. Es una paradoja violenta: trabajar para la familia a expensas de la vida familiar.

Uno de los significados importantes atribuidos al tiempo libre del minero está asociado a lo que el narrador entiende como “descarga sexual”, que, si bien se construye como una prioridad, restringe la sexualidad a una necesidad fisiológica de descarga, que termina siendo insatisfactoria. Veamos el siguiente fragmento de entrevista, cuya expresión encontramos de diferentes maneras en el discurso de los trabajadores entrevistados:

“Quieres llegar a casa para tirarte a la esposa, y de repente la esposa tiene dolor de cabeza, quieres estar todo el día encerrado en tu habitación y no puedes porque tienes que hacer esto, tienes que salir, tú hay que hacer esto o aquello, como dicen, te lo hacen pasar mal, pero lo justo porque tienes que hacer cosas y al final no haces nada, si tienes suerte te sale un rapidito , la primera un rapidito porque solo llegas a correrte, no disfrutas

de la sexualidad, ese espacio no existe, cada vez se aleja más, te quieres tirar a la mujer, y la mujer lleva pijama de lana, mujer se han descuidado mucho tiempo haciéndote buscar distracciones” (Juan, 40 años).

Se construye aquí una imagen del minero que regresa del turno con una urgencia de descarga sexual, que quiere “tirarse a la esposa”. Esta expresión remite a una idea que reproduce la lógica de la dominación masculina a nivel de la relación sexual, en la que es él -puesto en la posición de sujeto- quien consigue “tirar a la mujer”, quien se sitúa como un sujeto relativamente objeto pasivo de la acción del varón. Hay una cierta expectativa de una mujer lista para él. Sin embargo, no se encuentra porque el otro en la relación existe y se resiste: tiene dolor de cabeza, tiene otras cosas que hacer en casa, o simplemente “está en pijama de lana”, lo que podríamos interpretar como una indisposición al sexo en el imaginario del narrador que dice que las mujeres se han descuidado a sí mismas.

De esta manera, esta enunciación construye una justificación para que el varón “busque distracciones”. Vale la pena mencionar este significante porque distraerse significa desviar la atención de aquello en lo que se ha estado concentrando u ocupando, y también implica el deber de volver a concentrarse en ello. La distracción tiene un carácter transitorio. En el discurso en cuestión, la sexualidad se construye en este sentido: como algo que permite a las personas dejar de prestar atención, por un tiempo, a su trabajo. La interpretación, en la medida en que la descarga sexual se construye como una prioridad al salir del trabajo, es que se experimenta subjetivamente como una posibilidad esencial de descanso. El enunciado sugiere que, al no encontrar placer o desahogo sexual satisfactorio en el hogar, el hombre busca “distracciones” en otros lugares, este es un tema que abordaremos en la siguiente sección.

Masculinidad en el Comercio Sexual: Reparación de la Autoimagen

La distracción mencionada anteriormente se refiere al uso del sexo comercial. Como una forma de profundizar en ello, traemos aquí fragmentos de entrevistas realizadas con ellos; porque los problemas tratados anteriormente son conocidos por las trabajadoras sexuales, quienes discursivamente se posicionan como una alternativa para atender las necesidades de los hombres mineros y, en cierta medida, como agentes

capaces de reparar ciertos daños o reducir los costos subjetivos discutidos anteriormente:

“Él es quien sostiene a la familia, pero nadie le da valor a eso, ni los hijos ni la esposa, entonces tratan de buscar esa atención en otro lado, tienen la moral por los suelos” (Camila, 26 años).

La productividad del minero y su traducción en el ingreso que le permite mantener a su familia es construida por este pasaje del discurso de las trabajadoras sexuales como algo que, si bien son capaces de valorar, no parece serlo al interior de algunos hogares y familias mineras. El lugar que parecen ocupar, y en especial las trabajadoras sexuales migrantes, es el de la atención que requiere la trabajadora cuando está fuera de la jornada laboral; la satisfacción de esa fantasía erótico-sexual de la mujer dispuesta para él :

“Entonces, ¿qué buscan? Cariño, porque en casa dicen que no lo consiguen. Sus esposas se dedican más a la compra que a los bebés, y no les dan el tiempo que ellos quieren; una esposa efectivamente presente allí Ellos están buscando cariño y atención, entonces eso es lo que les doy. Les doy cariño, esa atención: “Mi amor, ¿quieres un trago de agua, ¿quieres un trago, quieres esto?”. ellas se sienten importantes (...) siempre mencionan que les gustan las extranjeras porque están bien arregladas, somos cariñosas, siempre nos vemos lindas, siempre estamos bien vestidas” (Yolanda, 31 años, GC.2)³.

El hablante se coloca en una posición de saber, ya que sabe lo que él necesita y eso es atención, también quiere decir cariño, pero al mismo tiempo dice saber que el hombre requiere de una mujer que simplemente “esté ahí”, dispuesta a él y la satisfacción de su fantasía, expresada en la importancia que le da a lucir bonita, “arreglada”, lo que implica la presencia de la mujer y su esfuerzo explícito por complacer al hombre. En este fragmento, además, la dimensión sexual de su tarea parece estar descentralizada; el foco está en otra parte: en la atención y el afecto, en hacer que el hombre-cliente se “sienta importante”, no necesariamente en el servicio sexual. Si volvemos al fragmento anterior, parte de la tarea de la trabajadora sexual parece tener

3 Grupo de conversación nº1.

que ver con reparar esa “moral que está por el suelo”. Proponemos que el levantamiento de esta moral caída está asociado con el mantenimiento de una (auto)imagen viril que también está en juego en el encuentro sexual. Veamos los siguientes extractos. En esta primera, es una trabajadora minera la que reflexiona sobre lo que se compra al recurrir al comercio sexual:

Se argumenta que el levantamiento de esta moralidad caída está asociado con el mantenimiento de una imagen varonil (de uno mismo) que también se desarrolla en el encuentro sexual. Considere los siguientes extractos. En esta primera, una trabajadora de una mina reflexiona sobre lo que se compra al recurrir al comercio sexual:

“Ahora, cuidado, el viejo no paga por placer, paga por un trofeo. El trofeo es la Yayita. Tienes a la Yayita y a la chica normal, y cuando llega una Yayita a cualquier lugar, ¿qué hace el viejo? se enamora y dice: yo la quiero tener aquí porque era mía, era mía, esa es la mentalidad, entonces más que pagar por el buen sexo, el viejo paga por un trofeo, sin importar si el servicio sea buena o mala, resulta que aquí hay un cadáver frío, para el viejo es para jactarse: es mía, el viejo no dice que es mía por cien o ciento cincuenta mil pesos. Él dice, “es mío; La tengo loca”, es decir, tapa una realidad con un falso sentido de hombría, de ego” (Carlos, 50 años).

El argumento es claro: “el viejo paga por un trofeo”. El trofeo se construye como una distinción, como un premio que se puede exhibir diciendo: “ella era mía”. Destacan dos cosas: la primera es la cosificación de la mujer como trofeo (o degradada) para el varón, y la segunda es la dominación; la mujer emerge discursivamente como objeto de consumo y apropiación, por efímero que sea. Ahora bien, este extracto del discurso no habla de cualquier mujer en el comercio sexual; habla de la llamada “Yayita”, en alusión al personaje de la clásica revista chilena de historietas, Condorito. En ella, Yayita encarna la voluptuosidad, la mujer más deseada del pueblo del *Pelotillehue* (que puede leerse como “lugar de pendejos”) y objeto de disputa entre los hombres. A partir de aquí, convertirse en poseedor del “amor” de Yayita otorga una posición de cierta superioridad o saber-poder (Foucault, 2012; Butler, 2006) que distingue a los hombres.

El discurso es enfático: “el viejo no paga por placer”, compra otra cosa. No se paga ni la pericia ni la experiencia de la mujer en las artes del amor, eso no importa, lo que vale es haber podido consumir un objeto de lujo,

aunque se omita el costo del mismo. Podríamos pensar que el “viejo paga” la ilusión propuesta por Sahovaler (2010) en la que el dinero opera como medida de hombría. “La tengo loca”, dice el anciano, en alusión a que la llena de placer, y se posiciona como un hombre viril, pero lo que no dice es que lo que la llena de placer, eso “la tiene loca”. ., no es otro atributo que el dinero que se gasta.

Por su parte, las trabajadoras sexuales manifiestan lo siguiente:

Danitza (45 años): Les preocupa mucho que la mujer termine y siempre tenga un orgasmo; es decir, se sienten machos cuando sienten que la mujer ha terminado. Dicen: “La hice terminar”, o “Estuve con una hembra”, o “Con una así: ¡Aaah! Y la hice terminar como un macho”.

Susana (49 años): Como las mujeres somos tan ingeniosas, siempre le hacemos creer eso.

Taty (29 años): De lo contrario, todavía estaríamos allí por más de una hora. Ellos nunca se van.

Yajaira (32, años): Se lo creen todo.

Michelle (20 años): No sé si se lo creen. Creo que en el momento se lo creen porque cuando eyaculan, y ya están ahí, dicen: “Ay, mi amor, qué bonito, ya pasó todo. Además, uno dice: ¡Ay, sí, vida mía! (Risas de los participantes)”, así hay que decirles... En realidad, por ejemplo, yo tengo clientes que ya conozco; en general, ya conozco a mis clientes, ya sé a cuál le digo qué. me visita seguido, y las que conozco, por lo general, ya sé que les gusta tener un orgasmo y lo que les gusta hacer, además, si es un cliente nuevo, trato de averiguarlo.

Daniela (39 años): La verdad yo lo único que quiero cuando vienen es que se suban y se vayan. No quiero nada más. (GC.2⁴)

En este extracto aparece la dimensión de la relación, que muestra que buena parte de lo que pagan los mineros es por sentirse machistas. El

4 Grupo de conversación n°2.

“macho” de este enunciado se demuestra como macho dominante (Bourdieu, 2000) al darle un orgasmo a *la hembra*: “y la hice correrse como un macho” es lo que Rosita interpreta como la sensación interna de su cliente. En esta historia, la capacidad de amar de la mujer vuelve a perder importancia; el foco está en su sentimiento de que él puede darle placer. En el discurso de las trabajadoras sexuales, la preocupación del hombre parece estar más relacionada con el rendimiento que con el placer, permitiéndoles recuperar cierto control de la relación. El truco es el siguiente: “Ay sí, vida mía, hay que decírselo”, dice Danitza, para dejar satisfecho al hombre y, además, eso es precisamente lo que animaría al cliente a *volver*.

En este punto aparecen tres cuestiones que paga el minero cuando recurre al comercio sexual: ser atendido por una mujer que está a su disposición, que se “estila” para su satisfacción; “el trofeo”, como premio que los distingue entre los hombres por el consumo de la mujer más deseable del prostíbulo; y el retorno a sí mismos de una imagen de “macho”, lograda a través del orgasmo de la mujer con la que mantienen relaciones sexuales. Diremos que estos tres objetos de consumo son cruciales para mantener una (auto)imagen varonil.

Sin embargo, emerge otra dimensión crítica, y es la posibilidad de expresión de la vulnerabilidad del minero, una especie de contraparte de la imagen viril que aparece en relación con la trabajadora sexual:

“Buen trato, todo, predisposición, ojos abiertos para escuchar lo que vienen a decir, más allá de si buscan sexo, para desahogarse muchas veces. El 90% de las veces buscan desahogarse, contar sus problemas, sus experiencias, quizás lo mismo que puedan decir al llegar a casa. De ‘estoy cansada, tenía mucho trabajo’ a esperar recibir cariño, una caricia y un beso, un momento de amor”. (Sol, 38 años).

Esta imagen de escucha se repite en los relatos. El trabajo sexual se desarrolla más allá del servicio puramente sexual; el desahogo y la descarga no son puramente sexuales. En la conversación privada con la trabajadora sexual, el minero también “cuenta sus problemas”, revela su cansancio, da espacio a su vulnerabilidad, como se puede leer en el siguiente fragmento de una entrevista a trabajadores mineros:

Esteban (37 años): pasa eso, y he escuchado a la gente decir que vienen a contarles los problemas de la casa, y están dispuestos a escuchar y comprender.

Hugo (60 años): No es mi caso, pero si he hablado de lo que vienen a decirnos aquí, dicen, “se ponen a llorar con nosotros”. El amigo le cuenta el drama que está teniendo con su esposa en casa; llora, la niña lo cobija, y ¡bang, bang! ella le da uno.

José (43 años): Muchas veces sirven de psicólogos, para muchas cosas.

Esteban (37 años): Claro, si ese es su trabajo. Lo que tienen que hacer es sacar su dinero, porque para eso les pagan, porque ahí es donde hace sus necesidades el minero” (CG.3).

El prostíbulo y el vínculo entre el minero y la trabajadora sexual se convierten en el escenario donde se pone de manifiesto aquello que les era reservado. El alivio sexual aparece aquí como alivio emocional. El “alivio” adquiere una distinción afectiva: “él llora, ella lo cubre y bang, bang”. Lo que se construyó como una imperiosa necesidad de descarga sexual de un varón es aquí al menos matizado como expresión de sentimientos. Los mismos sentimientos que el minero dice que debe desconectar para desarrollar su trabajo en el yacimiento parecen emerger en la intimidad del vínculo con la trabajadora sexual. La *mujer pública* surge como un posible espacio de desahogo del dolor privado: “ahí se alivia el minero”, que vuelve a casa y al trabajo aliviado, aliviado. Así, el recurso al comercio sexual aparece como un articulador de la vida familiar y laboral del minero.

4. Discusión

Comenzaremos destacando la noción de centralidad del trabajo en la vida. Dos cuestiones son clave aquí desde la perspectiva de la psicodinámica del trabajo de Dejours (2012, 2014). Primero: trabajar no sólo produce algo en el mundo, en este caso cobre; En palabras de Dejours (2012), no se trata de una obra de pura poiesis. Trabajar implica también la producción de sí mismo, digamos esto: la producción del productor. Se trata aquí de un *arbeit work*, concepto propuesto por Freud para referirse al trabajo de la subjetividad sobre sí misma, un trabajo de autoproducción. El trabajo y

su organización, en este caso la organización contemporánea del trabajo minero en el norte de Chile, es central en la producción de subjetividades.

Segundo: además de estos dos tipos de trabajo antes referidos (poiesis y arbeit), al trabajar se producen relaciones sociolaborales, por cierto, enmarcadas por la organización del trabajo. Los resultados de esta investigación se centran en al menos tres niveles: las relaciones que se producen entre iguales y con los jefes: en las que el trabajador varón tiene un lugar esencial, una necesidad de disposición total al trabajo, una orientación absoluta al grupo que paradójicamente trae consigo la soledad ya que la intimidad parece estar prohibida en la relación. Relaciones con las familias, especialmente con la pareja y los hijos; en el que el minero se convierte paulatinamente en una especie de satélite, ya que la encargada de todo en el hogar es la esposa y es ella quien generalmente mantiene el vínculo con los hijos e hijas; el padre se perfila como un mero proveedor. Finalmente, las relaciones con las trabajadoras sexuales; en el que el hombre trabajador, por un lado, se “desahoga” sexual y emocionalmente y, por otro lado, se reconstruye como un hombre viril, capaz de desempeño, tanto sexual como laboral.

En esta línea argumental, las estrategias defensivas del oficio y, en este caso, lo que Zuleta (2018, 2020) denominó virilización del cuerpo subjetivo, no constituyen una suerte de coraza que el trabajador se pone en el escenario laboral y se lleva apagado al final. del turno o jornada, sino que se encarna, se subjetiva y en consecuencia -como se puede apreciar en los relatos de los sujetos entrevistados- son formas y prácticas que también se llevan a casa, que inciden en las relaciones afectivo-familiares: la necesidad de autocontrol emocional, el embotamiento que el trabajo opera sobre la subjetividad, si bien son recursos para soportar las exigencias del trabajo y sostener un alto desempeño en el trabajo, son cuestiones que marcan lazos extralaborales, lazos en los que la reproducción del trabajo fuerza.

En este caso, cobra especial relevancia el planteamiento de Federici (2020). Primero: el trabajo sexual es fundamental para la reproducción de la fuerza laboral minera y el mantenimiento de su alto rendimiento y productividad. Segundo: la reproducción de una cierta “performatividad” del género no puede pensarse al margen o con independencia de la organización del trabajo, que en este caso exige una estricta división sexual,

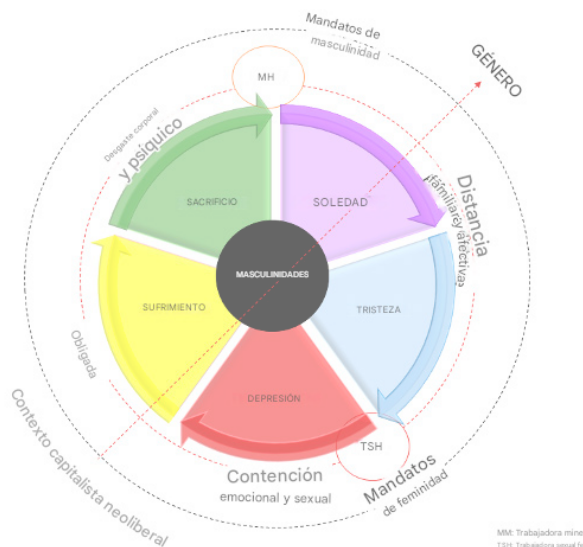
reubicando a los hombres en el lugar de productores y mujeres. la mujer en la de reproductoras, dividida a su vez en las figuras de la madre y la ramera.

Conclusiones

Los mecanismos involucrados en la virilización del cuerpo subjetivo de los trabajadores mineros, es decir, el endurecimiento del corpus afectivo y la desconexión emocional, están asociados a las posibilidades de desempeñarse satisfactoriamente en el sitio de trabajo; resultan en evaluaciones y autoevaluaciones altamente productivas. Sin embargo, tal productividad en el turno minero tiene como contrapartida una particular ineptitud en el campo de las tareas sexo-afectivas y las relaciones afectivas en el hogar. Estos temas traen sentimientos de insatisfacción que conducen, en el discurso de los mineros denunciante, a la búsqueda del necesario goce del comercio sexual, que, como distracción, opera como dispositivo de recuperación de la fuerza de trabajo y reparación y reafirmación de una imagen viril necesaria para sostenerse en la tarea (ver Figura 1).

Figura 1

Mapa de análisis emergente de las narrativas



Nota: Elaboración de los autores.

Podría decirse entonces: que el comercio sexual y el trabajo de las trabajadoras sexuales ocupan un lugar central en la reproducción de la fuerza de trabajo minera en la medida en que uno de sus efectos primarios es el sostenimiento de la imagen (auto)viril del mineros a través, principalmente, de tres mecanismos: tener una mujer a su disposición; acceder al “trofeo” que les otorga, aunque sea temporalmente, la sensación de distinción y pertenencia dentro del colectivo masculino; y el retorno a sí mismos de la imagen de “macho” que los hace sentir hombres poderosos, masculinos, capaces de complacer a una mujer. El trabajo sexual, por tanto, no puede ser considerado un producto no deseado de las operaciones mineras y su producción de riqueza; en cambio, es uno de los pilares sobre los que se sustenta la actividad.

Referencias bibliográficas

- Abarca, H. y Galeas, MS (2005). *Barras bravas, pasión guerrera*. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno. En F. Ferrándiz & C. Feixa (Eds.), *Jóvenes sin tregua: Culturas y políticas de la violencia* (pp. 145–170). *Antropo*.
- Araujo, Kathya. (2019). *La percepción de las desigualdades: interacciones sociales y procesos sociohistóricos*. El caso de Chile. *Desacatos*, (59), 16-31. Recuperado en 29 de octubre de 2025, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2019000100016&lng=es&tlng=es.
- Alvear, J. (1975). *Chile nuestro cobre*. Chuquicamata, el salvador, potrerillos, el teniente, enami, mantos blancos y andina. Lastra.
- Amorós, C. (1997). *Tiempo de Feminismo*. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y posmodernidad. Ediciones Universidad de Valencia e Instituto de la Mujer.
- Araníbar, A. & Pimentel, E. (2011). *Chile: La mujer en la minería y en la prevención de conflictos mineros*. En AM Araníbar & E. Pimentel (Eds.), *Taller internacional: Inclusión del enfoque de género en la prevención de conflictos mineros* (pp. 43–51). *CYTED/GEOCOMIN/ Dirección de Medio Ambiente/COMIBOL/Plan Mujeres y Minería Cumbre del Sajama/OLAMI*.

- Badinter, E. (1993). *XY la identidad masculina*. Editorial Alianza.
- Benavente, MC y Valdés, A. (2014). *Políticas públicas para la igualdad de género: Un aporte a la autonomía de las mujeres (N°130)*. CEPAL.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Branstetter, HL (2016). “Un pueblo minero necesita burdeles”: chismes y la retórica del trabajo sexual en una comunidad minera del lejano oeste. *Sociedad de retórica trimestral*, 46 (5), 381–409. <https://doi.org/10.1080/02773945.2016.1227871>
- Cervantes, M. (2005). *Las ventajas de la empresa flexible*. Grupo Recolectos de Comunicación 5, 112–119.
- Chávez, I. (2001). *Flexibilidad en el mercado laboral: Origen y concepto*. Aportes, VI (7), 57–74. <https://doi.org/10.21892/9786287515116.6>
- CODELCO (2021). *Informe Anual 2021*. Perfil corporativo. CODELCO. https://www.codelco.com/memoria2021/site/docs/20220222/20220222102547/perfil_corporativo_capitulo_completo.pdf
- Connell, RW (1993). *El panorama general: las masculinidades en la historia mundial reciente*. *Teoría y Sociedad*, 22 (5), 597–623. <https://doi.org/10.1007/bf00993538>
- Connell, RW y Messerschmidt, JW (2005). *Masculinidades hegemónicas*. Repensar el concepto. *Género y Sociedad*, 19 (6), 829–859. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639>
- Czarniawska, B. (2004). *La narrativa en la investigación en ciencias sociales*. Sabio.
- Dejours, C. y Gernett, I. (2014). *De la psicopatología a la psicodinámica del trabajo*. En Organización del trabajo y salud. Dessors y Guiho-Bailly recopiladores. Grupo editorial Lumen.
- Dejours, C. (2002). *Trabajo y desgaste mental*. Lúmenes.
- Dejours, C. (2012). *Trabajo vivo*. Tomo I. Sexualidad y trabajo. Editorial Topía.
- Dejours, C. (2013). *La banalización de la injusticia social*. Editorial Topía.

- De Villers, G. (1999). *La historia de vida como método clínico*. Propositiones, 29, 103–114.
- Elizalde, CG (2011). *La prostitución: La autodeterminación sexual del cuerpo femenino como fuente de estigma y discriminación*. En CV Augusto & N. Á. Lucena (Eds.), *Cuerpos políticos y agencia Reflexiones feministas sobre cuerpo, trabajo y colonialidad* (pp. 38–56). Universidad de Granada.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario*. Críticas feministas al marxismo. Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (2012). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Biblioteca Nueva.
- Fraisse, G. (1996). *La diferencia de los sexos*. Manantial.
- Gadea, C. (2018). *El interaccionismo simbólico y sus vínculos con los estudios sobre cultura y poder en la contemporaneidad*. Sociológica, 33 (95), 39–64.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre*. Concepciones culturales sobre masculinidad. Paidós.
- Gutiérrez, NA, & Sánchez, E. Í. (2017). *Violencia y táctica en los procesos de integración de la mujer a la minería del cobre en Chile*. Psicoperspectivas, 16 (2), 66–78. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue2-fulltext-1019>
- Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Pastor.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Pastor.
- Hubbard, P. (2004). *Venganza e injusticia en la ciudad neoliberal: destapando agendas masculinistas*. Antípoda, 36 (4), 665–686. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.2004.00442.x>
- Johnson, R., Escosteguy AC & Schulman, N. (2004). *O qué é, afinal, estudos culturais? En TT da Silva (Ed.), O que é, afinal, estudos culturais?* Auténtica.
- Kimmel, M. (2017). *Angry white men: Masculinidad en el fin de la era*. Libros en negrita.

- Klubock, T. (1999). *Hombres y mujeres en el Teniente*. La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951. En L. Godoby, E. Hutchison, K. Roseblatt y MS Zarate (Eds.), *Disciplina y desacato Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX* (págs. 223–253). *SUR-CEDEM*.
- Kraushaar, L. (2013). *Crimen y exhibición de prostitutas en el norte de Chile: Producción y uso de las imágenes del cuerpo de mujeres asesinadas*. *Aisthesis* (53), 29–51. <https://doi.org/10.4067/S0718-71812013000100002>
- Lourau, R. (2008). *El Estado Inconsciente*. Ediciones Terramar.
- Mahmood, S. (2001). *Teoría feminista, encarnación y el agente dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico egipcio*. *Antropología cultural*, 16 (2), 202–236. <https://doi.org/10.1525/can.2001.16.2.202>
- Mayes, R. y Pini, B. (2014). *La industria minera australiana y la mujer minera ideal: Movilizando un caso empresarial público para la igualdad de género*. *Revista de Relaciones Industriales*, 56 (4), 527–546. <https://doi.org/10.1177/0022185613514206>
- Mayordomo, J. (2006). *Problemas de género: el feminismo y la subversión de la identidad*. Routledge.
- Meler, I. (2000). *La sexualidad masculina*. Un estudio psicoanalítico de género. En M. Burin, R. Birmele, & I. Meler (Eds.), *Varones; género y subjetividad masculina* (págs. 149–197). *Paidós*.
- Morse, J. (1995). *La importancia de la saturación*. *Investigación cualitativa en salud*, 5 (2), 147–149. <https://doi.org/10.1177/104973239500500201>
- Périlleux, T. (2008). *La subjetivación frente a la prueba del trabajo flexible*. En A. Soto (Ed.), *Flexibilidad laboral y subjetividades* (pp. 137–154). *LOM Ediciones*.
- Pini, B. y Mayes, R. (2012). *Género, emociones y trabajo fly-in fly-out*. *Revista australiana de cuestiones sociales*, 47 (1), 71–86. <https://doi.org/10.1002/j.1839-4655.2012.tb00235.x>

- Rennie, DL (2012). *La investigación cualitativa como hermenéutica metódica. Métodos psicológicos*, 17 (3), 385–398. <https://doi.org/10.1037/a0029250>
- Romero-Toledo, H. (2019). *Extractivismo en Chile: La producción del territorio minero y las luchas del pueblo aimara en el Norte Grande*. Colombia Internacional, 98 (98), 3–30. <https://doi.org/10.7440/colombiaint98.2019.01>
- Sahovaler, J. (2010). *El sexo del dinero*. En BZ Compiladora (Ed.), Diversidad sexual (pp. 129–149). Lugar Editorial.
- Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*. Paidós.
- Schütz, A. (1995). *El problema de la realidad social*. Amorrrortu.
- Stoy, K. (2013). *Robótica para la minería y su potencial como catalizador de la innovación tecnológica en Chile*. Ingeniare Revista Chilena de Ingeniería, 21 (1), 4–5. <https://doi.org/10.4067/s0718-33052013000100001>
- Valcárcel, A. (1997). *La política de las mujeres*. Cátedra.
- Van Buren, M. y Gensmer, KA (2017). *Crib girls y clientes en el barrio rojo de ouray, colorado: clase, género y vestimenta*. Arqueología histórica, 51 (2), 218–239. <https://doi.org/10.1007/s41636-017-0021-7>
- Van Dijk, T. (comp.) (2011). *El Discurso como interacción social (Vol. 2)*. Gedisa.
- Zazueta, E. y Sandoval, S. (2013). *Concepciones de género y conflictos de pareja: Un estudio con parejas pobres heterosexuales en dos zonas urbanas de Sonora*. Culturales, 1 (2), 91–118.
- Zazueta, E. y Sandoval, S. (2013). *Concepciones de género y conflictos de pareja: Un estudio con parejas pobres heterosexuales en dos zonas urbanas de Sonora*. Culturales, 1 (2), 91–118.